

Cinco personas esperando un tren

Ya el sol se ocultaba tras las montañas pintando el cielo rojo y solo iluminaba la desierta estación con la ayuda de unas farolas. La brisa soplaba fría y solo se oían los coches de las carreteras de al lado.

Así era como le gustaba a él. Quizás era por la tranquilidad, que hacía contraste con el resto de su vida. O a lo mejor porque le excitaba más la dificultad de colarse en esas condiciones, por fácil que le resultara en general. O puede ser que fuera porque podía desparramarse en el banco, con las piernas abiertas, un chándal, unas bambas gastadas, una chaqueta barata y la mochila que no le había dado tiempo a llevar a casa, a la que volvía por el error de no haber cogido más dinero.

Con un movimiento desenfadado, sacó un poco de papel y marihuana y lo enrolló cuidadosamente con movimientos precisos y delicados. Sacó un mechero desechable y encendió el porro al primer intento a pesar del viento.

Dio la primera calada y se paró a mirar a su alrededor. A veces se preguntaba si esa vida realmente lo merecía. Y siempre se contestaba que sí, que son dos días, que esa era la mejor etapa de su vida y que un día te despiertas con una esposa y de dos a tres hijos en un trabajo de salario mínimo haciendo lo posible por poder repetir la rutina un día más hasta que morías.

Era el único momento que tenía. Luego no tendría tiempo, o dinero, o energía. Tenía que hacer todo lo que pudiera, lanzarse a todo lo que se le presentara, vivir la vida. No quería acabar como uno de esos don nadies que va de un lado al otro sin pensar en lo que hace.

Paró dos segundos su tren de pensamiento para inspirar. El aire era frío y limpio, o todo lo limpio que se puede tener en una ciudad. Luego, se cambió de banco para alejarse de la pareja de su izquierda.

Llevaban unos cinco minutos dándose el lote. Ambos agradecían estar esperando el tren, ya que daba una importancia y un final a sus caricias, que acostumbraban a extenderse ya que normalmente no tenían nada mejor que hacer. Al menos podían presumir de que lo habían conseguido; lo que todo el mundo, desde familiares, hasta amigos e incluso la televisión les había dicho que era el final último de la vida: la media naranja con la que creabas un amor que desafiara a la muerte. Así, ninguno de los dos estaba solo mientras el chico se preguntaba porque nadie más se fijaba en él y la chica se preguntaba si no aspiraba a nada mejor.

Además, a muchas parejas les cuesta mucho llegar al punto en el que están en paz el uno con el otro, dejan atrás los débiles y volátiles sentimientos y el uno se incorpora en la rutina del otro. Ellos lo habían conseguido unos segundos después de su primer beso. Iban al McDonald's de la esquina, se comentaban que el día había estado como siempre y estaban con el móvil el resto de la jornada. En ocasiones especiales, él lo llevaba al restaurante de lujo de siempre y ella lo recompensaba con sexo.

Ahora tocaba el siguiente paso: la boda. Para pagarla, él estudiaba para ser mecánico y ella había cogido un trabajo temporal en un supermercado para ir ganando dinero. Para ellos, esa era la expresión final de amor: renunciar a sus sueños por el otro.

Pararon un momento para respirar con la excusa de mirarse a los ojos. Al mirar a sus lados vieron que habían conseguido requisar el banco a los dos chicos que encontraron sentados antes que ellos. Uno se había ido al banco de la derecha.

El otro, quizás cinco o seis años mayor que ellos, se había ido al de su izquierda. Estaba sonrojado y sudaba; ahora miraba con la cara iluminada la vía, ahora inexpresivo al vacío; ahora sonreía, ahora su boca hacía una firme línea y se masajeaba la frente; pues era un día de nacimiento y de muerte. Desde hacía tiempo que estaba con una chica. Su primer amor. Quien realmente lo había entendido de verdad y con quien se había pasado, si sumaba cada instante, días, quizás meses enteros dando vueltas por donde ella vivía simplemente por estar juntos. Recordaba con una sonrisa en la cara esos días cuando era aún un adolescente romántico perdido.

Pero conforme el tiempo pasaba, los quehaceres se sumaban y ellos evolucionaban, las cosas habían cambiado y de aquellos dos jovencitos quedaba ya poco. Las discusiones y las fricciones de dos piedras que no encajaban se habían hecho casi diarias. Sin embargo, llevaban demasiado tiempo juntos, y hacer las maletas y marcharse al frío mundo exterior por un algo mejor que quizás no existía no les parecía una buena idea. Así que rompían y volvían. Cuando el fuego de la relación no ardía, usaban el fuelle de sus memorias y la nostalgia y conseguían que ardiese unos días más.

Sin embargo, desde hacía poco, alguien había aparecido en su vida. Alguien que no ocupaba siempre sus pensamientos pero que le alegraba cuando lo hacía. Alguien que, incluso con las mil cosas que tenía que hacer cada día, le dejaba ver quien era realmente y quien podía llegar a ser. Una chica que le había renovado las fuerzas y había despertado lo que hasta ahora estaba dormido. Y por su nuevo amor y por el viejo, iba a subirse a ese tren e iba a romper con su vieja novia. Iba a dar permiso a ella y a sí mismo para que encontrasen a alguien nuevo. Para empezar de cero.

El chico volvió al mundo real. Cogió aire: ese día iba a ser uno largo. Dejando pasear sus ojos por su alrededor para tranquilizarse, se sorprendió al ver que, en su ensimismamiento, no se había dado cuenta que se había sentado al lado de un anciano.

Un anciano con sus ojos cerrados hendidos en la piel. Bastón en mano temblorosa, reflexionaba sobre su vida. Pensaba en su mujer, que había cogido su propio tren hacía tiempo. Pensaba en sus hijos y como iban por ahí siendo ellos mismos y siendo su padre al mismo tiempo. Se preguntaba que habría después de la vida y si sus amigos, familiares y conocidos que lo habían adelantado estarían allí. De vez en cuando, su mente vagaba hacía la vieja pregunta de cuando dejaría este mundo. Normalmente, simplemente miraba a su alrededor embobado y suspiraba.

Pensaba en cada momento de su vida y si realmente había disfrutado cada momento. Le gustaba pensar que sí. Ahora mismo, se dedicaba a pasar el rato y aprovechaba para leer un libro, mirar alguna película, hablar con algún desconocido, y básicamente pasar el rato hasta que llegara la hora de partir.

Ya el sol se ocultaba tras las montañas pintando el cielo rojo y solo iluminaba la desierta estación con la ayuda de unas farolas. Bajo el sol había cinco personas, pensando en sus cosas y preguntándose si alguien estaba teniendo una vida tan complicada como la suya.